

POÉTICA Y POLÍTICA: CÉSAR AIRA

Martín Kohan

Es raro que no se señale, o que no se señale más, la dimensión política de varios libros de César Aira (y más raro es que se dé tan por sentada la ausencia de lo político en todo ellos). Supongo que se deberá a esos hábitos de lectura ya inerciales que hacen que a la literatura se le asigne un carácter político tan sólo cuando declara expresamente ciertos temas, o cuando encaja aceitadamente en ciertos géneros, o cuando evidencia su anclaje concreto en ciertos contextos reconocibles; o bien cuando es realista, o es testimonial, o es referencial, o es rica en mensajes y conclusiones. No hace falta desplazarse hacia la advertencia opuesta de que el lenguaje mismo es político, o de que la forma literaria lo es; porque bajo una formulación de esa índole, tan absoluta y tan abarcativa, tan extensa y tan general, no es la literatura de César Aira la que cobra un carácter político, sino toda la literatura de todos los escritores, todos los libros de todos los autores (pues en todos, mal o bien, hay lenguaje, y en todos, mal o bien, hay forma). Las definiciones totalizadoras, carentes de cualidad diferencial, se vuelven inútiles: proclamando un todo, no definen nada.

Es posible detectar lo político en César Aira (y desconcertarse ante la atribución usual de apoliticismo) en la figuración del peronismo en *El tilo*, en los cartoneros de *La guerra de los gimnasios*, en los marginales de *La villa*, en la oración final de *Embalse*, en la mención a Tacchi de *La abeja* (referencia

concreta que, con el tiempo, va virando hacia el nominalismo abstracto: llegará, y llegará pronto, el día en que los lectores distingan ese apellido y no recuerden a quién remite, o no sepan que, alguna vez, remitió a alguien). En esta línea, una novela como *Cumpleaños* asume una importancia crucial.

Fechada en 1999 y publicada en 2001, *Cumpleaños* parte de una motivación muy concreta: el narrador cumple cincuenta años (es algo más que un número redondo: es la mitad de un siglo). Bajo un impulso así, lo que es de esperar es un texto de balance, es decir, de revisión y retrospectiva. Lo que hace Aira, sin embargo, es apartarse de las recapitulaciones: exime al relato del pasado y lo lanza, en vez de eso, al futuro: “no pensé ni por un instante en hacer un balance o evaluar el medio siglo pasado. Tenía la vista fija en el futuro. No veía el cumpleaños sino como un punto de partida” (7).

¿Qué es lo que hay que entender por “pasado” y qué es lo que hay que entender por “futuro” en *Cumpleaños* de César Aira? El pasado es lo real, es decir, lo que pasó, pues “lo que pasó, pasó justamente porque fue real” (19). El pasado “no es una construcción imaginaria como cualquier otra” (19); el pasado instituye, por medio de la sucesión cronológica de los hechos, “el juego de las causas y efectos” (19). El futuro, en cambio, es lo que hay que imaginar, lo que sólo se puede imaginar. Pero lo que en esa imaginación va a interesarle a Aira (lector de “una novelita de Wells, *Una historia de los tiempos por venir*” (38)) no son los aciertos, sino los errores: aquello que acaba sucediendo habiendo sido inimaginable; no la confluencia de la imaginación y los hechos reales, sino el desencuentro, el desvío, la dislocación entre una cosa y la otra. Así, en lugar del juego de causas y efectos, lo que impera es el azar, los saltos, las caprichosas casualidades, la deriva incierta, lo imprevisible.

Estamos, es evidente, ante la poética misma de César Aira: su manera de narrar. Que consiste, como puede verse, en narrar el pasado como si fuese el futuro (así como cualquier profecía certera lo que hace, por certera, es narrar el futuro como si fuese un pasado, como si hubiese ya sucedido, como si pudiese ya saberse). Se imprime sobre lo narrado, así sea algo ya ocurrido, la impronta de lo imprevisible, del desvío, del error, del salto azaroso. Si para Borges, por poner un simple ejemplo, narrar es contraer, un ejercicio de contracción, para Aira es distraer, un ejercicio de distracción: perder el hilo, dispersarse, diferir, divagar, derivar.

La vida misma, en *Cumpleaños*, es puesta bajo ese signo: “Una distracción histórica” (12). Y la escritura, cuando surge de ella, no surge como necesidad (necesidad vital), ni mucho menos para ser su expresión (necesidad expresiva), sino precisamente a partir de la distracción y del azar: “Esta falta de ritmo regular explica que tenga que anotar cada una de las ideas que se me ocurren; son tan vanas y fugaces que valen lo que un segundo en el tiempo; y tan incoherentes que si no las anoto las pierdo, porque no hay ningún hilo que las una entre sí, el hilo con que podría recuperarlas a través de todas las distracciones (...). A mí me gustaría tener estilo; si lo tuviera, toda mi experiencia se encadenaría de modo que los hechos y los pensamientos se sucedieran por algún motivo, no por capricho o casualidad” (30-31).

Incoherencia, fugacidad, capricho, casualidades, distracciones, desvíos indefinidos: vida y escritura, en *Cumpleaños*, no se implican ni se representan, pero entran en correspondencia: “De lo que se escribió un día hay que reivindicarse al siguiente, no volviendo atrás a corregir (es inútil) sino avanzando, dándole sentido a lo que no lo tenía a fuerza de avanzar. Parece

magia, pero en realidad todo funciona así; vivir, sin ir más lejos” (95). En la escritura, lo mismo que en el cumpleaños de *Cumpleaños*, no habrá vuelta atrás, revisión o recapitulación, sino siempre puro avance. Futuridad de la escritura (el futuro no es necesariamente su objeto, pero sí su dispositivo), por la cual no ha de consistir sino en esa “huida hacia adelante” que Aira subraya muy a menudo (también en *Cumpleaños*: “Fiel a mi procedimiento de ‘huida hacia adelante’, quise tematizar el problema, escribir sobre él” (99)). La huida hacia adelante es el procedimiento de cada una de las novelas de Aira, en lo que suelen tener de vértigo y de precipitación, pero también lo es de la obra de Aira como un todo (como un imposible todo), en la medida en que cada novela se fuga hacia la siguiente (en vez de reposar en las que la precedieron, como pasa con casi todos los escritores, se lanzan hacia las que vendrán, como no pasa con casi ninguno).

Hay en *Cumpleaños* un puñado de páginas (pero, ¿qué quiere decir un puñado de páginas, tratándose de César Aira?) en las que quisiera detenerme (pero, ¿qué quiere decir detenerse, tratándose de César Aira?). “Yo no sé si pienso o desvarío” (67), comienza Aira, en una vacilación definitoria entre el hilo lógico y la deriva, para pasar a contrastar dos tiempos: “mi juventud” y “ahora”: “una de las ideas que en mi juventud me entraron en la cabeza fue la de la indignidad del trabajo en la sociedad capitalista. Ahora no sé cómo aplicarla, porque el clamor popular no pide otra cosa que trabajo, y las buenas conciencias, a cuyas filas yo había creído pertenecer, lo ponen por las nubes como una panacea” (67). ¿Qué pasó entre aquel otro tiempo, el de la juventud, y el presente, el ahora? Un salto, evidentemente. Un desvío, en todo caso. Un extravío.

Agrega Aira a continuación: “Significa que nosotros los burgueses hemos efectuado una hábil maniobra, y hemos logrado un triunfo con el que hacemos retroceder el tiempo y nos damos un siglo o dos de ventaja para elucubrar nuevas maniobras y obtener nuevos triunfos” (68). Y de inmediato: “Todo aquel asunto de la Revolución que tanto nos ocupó se basaba, aunque nadie lo dijera, en el requisito de que pasaran cien o doscientos años (...). Estábamos trabajando para el futuro, no para el presente. El presente caía en un hueco” (68). La lucha de clases, como puede verse, es transpuesta por Aira a los términos de una lucha de tiempos (o más bien, de cronologías): la estrategia de reversión temporal de la burguesía, que gana tiempo por hacerlo retroceder; la estrategia revolucionaria contra la burguesía, que ahueca el presente para apuntarlo todo al futuro, a la huida hacia adelante en el tiempo. La futuridad como instrumento político de cambio, por un lado, la preterización del tiempo como fórmula de reacción y conservación, por el otro. Claro que, a la vez, aquella futurización política (esos cien o doscientos años para adelante) es lo que ha quedado alojado finalmente en el pasado. Y aquella regresión política en el tiempo (esos cien o doscientos años para atrás) es lo que impera después de todo en el presente.

César Aira ha narrado así, por fuera de las convenciones establecidas como paradigma de la literatura política, una versión más que potente de la historia política argentina de los últimos años. Que se vuelve, por cierto, inseparable de su específica manera de narrar (y entonces sí, en efecto, como inscripción en una singularidad estética y no como generalización vacua, la forma resulta en sí misma política: “contenido social sedimentado”, como planteaba Theodor Adorno). Porque la frustración de la futuridad, a manos de

un retroceso en el tiempo, se narra en una novela como *Cumpleaños*, que lo que plantea desechar en cambio es una expectativa de regreso al pasado, para optar tanto mejor por la fuga hacia adelante de un fervor de futuro. Y como esa impronta no se limita a *Cumpleaños*, sino que habita toda la literatura de Aira, como toda su literatura se construye a partir del salto y la imprevisión y el diferimiento y la aceleración vertiginosa hacia lo que va a venir siempre después, cabe pensarlo cabalmente como una poética. Y cabe postular que esa poética es en sí misma política, una toma de posición en sí misma (aunque, qué significa tomar posición, tratándose de César Aira?).

MARTÍN KOHAN